JUAN DE PROCIDA.

Hácia el fin del año 1268, habia en Salerno un noble siciliano que se llamaba Juan, y que era señor de la isla de Prócida; asi que era generalmente conocido bajo el nombre de Juan de Prócida. Juan podria tener entonces de treinta y cuatro á treinta y cinco años.

Aunque jóven todavía, su reputacion era grande, no solo entre la nobleza, porque ademas de su señorio de Prócida, era tambien señor de Tramonte y del Cajano por su casa, y por la de su muger señor de Pistiglioni, sino en las armas, porque habia combatido con Federico, y en la administracion, porque habia hecho construir el puerto de Palermo. En fin, su nombre no era menos ilustre en las ciencias: en efecto, Juan se habia dedicado especialmente á la medicina, y habia curado enfermos que los mejores facultativos de la época miraban como incurables.

A la muerte de Manfredo, de quien era notario mayor, se habia unido á Cárlos de Anjou, quien le hizo miembro de su consejo; pero sea, como dicen unos, que se apercibiese de que Cárlos de Anjou era el amante de su muger Pandolfina, sea que la muerte trágica de Conradino le hubiese desviado de su nuevo rey, dejó á Palermo y pasó á Sicilia, sin que esta partida hiciese nacer ninguna sospecha, porque hacia ya dos años que estaba ausente cuando Cárlos de Anjou, en el momento de partir para Tunez con Luis IX, su hermano, permitió á dos de sus favoritos llamados uno Gautier Carracciolo, y el otro Manfredo Commacello, fuesen á consultarle sobre una enfermedad que padecian.

Se sabe el resultado de la cruzada: Luis IX, fiando en Dios, por quien se habia armado, desembarcó en la costa de Africa en la época de los grandes calores, sin esperar, como se lo habia aconsejado su hermano, que las lluvias los templasen. Se desarrolló la peste en el ejército, y el héroe cristiano murió mártir el 25 de agosto de 1270.

Cárlos de Anjou tomó el mando del ejército y fué á sitiar á Tunez; pero en lugar de reducir al rey moro al último estremo, como lo exigian acaso la memoria de su hermano y el interés de la Iglesia, trató con él, con condicion de que se reconoceria tributario de la Sicilia, y volviendo á conducir sus vasallos hácia su reino, en lugar de conducirlos á Jerusalen, desembarcó en Trápani, en medio de una horrorosa tempestad. Declarando entonces que la cruzada habia concluido, invitó á todos los príncipes á que se volvieran á sus estados, y dió él mismo el ejemplo, haciéndose á la vela para Nápoles, su capital.

Sin embargo, Juan de Prócida, despues de haber recorrido toda la Sicilia y de haberse asegurado que todos, desde el mas pequeño al mas grande, conservaban un corazon siciliano, buscó en todos los tronos de Europa para ver qué príncipe habria que tuviera á la vez mas derechos é interés en derribar á Cárlos de Anjou del trono de Nápoles y de Sicilia, y reconoció que era don Pedro de Aragon, yerno de Manfredo y primo del jóven Conradino, que tan cruelmente acababa de ser ejecutado en la plaza del Mercado Nuevo en Nápoles.

Habia, pues, ido á Barcelona, donde halló al rey don Pedro y á la reina su muger, muy dolorosamente entristecidos con aquella desolacion que se habia sembrado en su familia.

Pero don Pedro era un príncipe prudente, que nada hacia sino gravemente y con seguridad; habia recibido con grandes honores á Enrique de Apifero, que le habia llevado el guante de Conradino, y aunque sin duda desde aquel momento quedó fija su resolucion, se contentó con colgar el guante al pie de su cama, entre su espada y su puñal, pero sin decir nada ni prometer nada. Por lo demas, habia ofrecido á Enrique de Apifero permaneciese en su córte, prometiéndole que seria tratado en ella igualmente que los mas grandes señores de Castilla, de Valencia y de Aragon. Enrique habia permanecido allí tres años, esperando que el rey don Pedro tomaria algun partido hostil con respecto á Cárlos de Anjou; pero á pesar de las lágrimas de su muger Constanza, á pesar de la presencia acusadora de Enrique, no le habia hablado mas de la causa de su viage; y el caballero, creyendo que la habria olvidado, se habia retirado sin decir nada, y embarcado á bordo de un buque que salia de allí en cruzada.

Algun tiempo despues de su partida, fué cuando llegó Juan de Prócida.

Juan pidió una audiencia al rey don Pedro y la obtuvo al punto, porque su reputacion se habia estendido hasta Castilla, y se sabia que era á la vez valiente hombre de armas, consejero leal y gran médico. Dijo á don Pedro todo lo que acababa de ver por sus propios ojos, y que la Sicilia estaba dispuesta á levantarse. El rey de Aragon le escuchó desde el principio al fin sin decir nada, y cuando hubo concluido le condujo á su alcoba y le enseñó por toda contestacion el guante de Conradino, clavado al pie de su cama entre su puñal y su espada

Era una respuesta; sin embargo, por clara que fuese, no era bastante precisa para Juan de Prócida. Asi algunos dias despues solicitó una nueva audiencia, y mas atrevido esta vez que la primera, comprometió á don Pedro á que se esplicase: pero don Pedro, que como dice su historiador Ramon de Muntaner, era un príncipe que pensaba siempre en el principio, en el medio y en el fin, se contentó con

responderle que un rey antes de emprender nada debia pensar en tres cosas:

Primero, en lo que podria ayudarle ó contrariarle en su empresa.

Segundo, donde encontraria el dinero necesario para su empresa.

Tercero, en no fiarse sino de aquellos que le guardasen el secreto sobre la empresa.

Prócida, que era un hombre prudente, respondió que reconocia la verdad de aquella máxima, y que las tres cosas que exigia don Pedro, eran negocio suyo.

En consecuencia, por entonces nada mas se dijo ni se hizo entre don Pedro de Aragon y Juan de Prócida, y al dia siguiente de aquella entrevista, Juan de Prócida se embarcó sin decir donde iba ni cuando volveria.

En efecto, la posicion del rey don Pedro era difícil, y con razon estaba inquieto acerca de los tres puntos que habia indicado.

El Occidente no le ofrecia aliados contra Cárlos de Anjou, sus arcas estaban vacías, y si se traspiraba la menor cosa de su proyecto de destronar al rey de Sicilia, los papas, que le sostenian, no dejarian de escomulgarle, como habian hecho con Federico, Manfredo y Conradino. Ademas, los tres habian terminado muy lastimosamente: Federico por el veneno, Manfredo por el hierro y Conradino sobre el cadalso.

Por otra parte, habia una alianza muy íntima entre el rey don Pedro y el rey Felipe el Atrevido, su cuñado.

Siendo todavía niño el primero, habia ido á la córte de Francia, donde habia sido recibido con grandes honores, y donde habia permanecido dos meses, tomando parte en todos los juegos y torneos que se celebraron con motivo de su jornada. Durante aquellos dos meses, habia nacido tal intimidad entre los dos príncipes, que se prestaron mútuamente fé y homenage, jurándose que jamás se armarian el uno contra el otro en favor de quien quiera que fuese en el mundo, y en garantía de aquel juramento habian comulgado los dos con la misma hostia.

Hasta allí aquella amistad se habia mantenido inalterable, y frecuentemente en señal de esa amistad, llevaba el rey de Aragon en la silla de su caballo, en un cuartel las armas de Francia y en otro las armas de Aragon; lo que hacia tambien el rey de Francia.

Ahora bien, declarar la guerra á Cárlos de Anjou, tio del rey Felipe el Atrevido, ¿no era violar el primero de todos los pactos jurados?

Sin embargo, en el momento en que, como se ve, parecia imposible llevar las cosas á feliz término, Dios permitió que se arreglasen para la mayor dicha de la Sicilia.

Miguel Paleólogo, gran condestable y gefe de la servidumbre del emperador griego en Nicea, acababa de deponer al emperador Juan IV, le habia hecho sacar los ojos como era costumbre, y despues habiendo marchado sobre Constantinopla, echó de allí á los francos, que imperaban desde 1204, es decir, hacia cincuenta y seis años.

Beaudoin II era entonces emperador, Beaudoin, cuyo hijo Felipe estaba casado con Beatriz de Anjou, hija del rey de Nápoles.

Cárlos de Anjou desembarazado de sus dos rivales, viendo su doble reino, habia vuelto los ojos hácia el Oriente, y entreviendo un inmenso reino franco, que ceñiria la mitad del Mediterráneo, habia hecho alianza con los príncipes de Morea, y resolvió derribar á Paleólogo. En consecuencia, preparaba con gran terror de este último, una multitud de navíos, bageles y galeras que públicamente decia ser destinados á una espedicion, cuyo fin era restablecer á su yerno Felipe sobre el trono de Constantinopla.

Por su parte, el emperador se ocupaba en prevenirse contra aquella empresa, habia impuesto contribuciones de dinero y de sangre por todo el imperio, hacia construir buques y reparar sus puertos, y sin embargo, todas aquellas precauciones no le tranquilizaban, porque sabia con qué terrible enemigo debia habérselas, cuando se le anunció de repente que un monge franciscano que llegaba de Sicilia, pedia permiso para hablarle sobre cosas de la mas alta importancia.

El emperador mandó al punto fuese introducido, y ejecutada aquella órden, Paleólogo y el desconocido se encontraron frente á frente.

El emperador era desconfiado como griego, asi manteniéndose á distancia respetable del monge:

—Padre mio, le preguntó, ¿qué me quereis?

—Muy noble emperador, respondió el monge, mandad, os pido en nombre del Señor Dios, que pueda acompañaros á algun lugar secreto, donde lo que tengo que deciros no sea oido de nadie.

—¿Qué quereis, pues, decirme tan reservadamente?

—Quiero hablaros del negocio mas importante que teneis.

—En primer lugar, ¿quién sois?

—Soy Juan, señor de Prócida, respondió el monge.

—Venid, pues, y seguidme, dijo el emperador.

Y subieron al punto á la mas alta torre del palacio y cuando hubieron llegado á la azotea:

—Señor Juan de Prócida, dijo el emperador, mostrándole el aislamiento que por todas partes les rodeaba, nadie mas que Dios puede oirnos aquí; hablad, pues, con toda seguridad.

—Muy noble emperador, le respondió Juan, ¿no sabes que el rey Cárlos ha jurado por Cristo arrebatarte la corona y matarte con todos los tuyos, como ha muerto al noble rey Manfredo y al gentil señor Conradino, y que por consecuencia antes de pasar un año, se

pondrá en camino para conquistar tu reino, con ciento veinte galeras armadas, treinta navíos de alto bordo, cuarenta condes, diez mil caballeros y una multitud de cruzados cristianos?

—¡Ah! dijo el emperador. Maese Juan, ¿qué quereis? Si, lo sé y vivo como un hombre desesperado; he querido ya muchas veces entrar en tratos con el rey Cárlos y jamás ha querido darme oidos. Me he puesto bajo la proteccion de la Santa Iglesia de Roma, de nuestros señores los cardenales y de nuestro Santo Padre el papa; me he puesto entre las manos del rey de Francia, del de Inglaterra, del de España y del de Aragon, y todos me responden verbalmente á las cartas que les envio, que temen y no quieren hablar de eso, tan grande es el poder de ese terrible rey Cárlos. Por eso no espero ya ni consejos, ni socorros de los hombres, y no espero sino en Dios, puesto que á pesar de haber hecho lo que yo he podido, no he hallado en los cristianos ni auxilio ni consejo.

—¡Y bien! dijo Juan de Prócida, á quien te librase de ese gran temor que te sobrecoge, ¿le mirarias como digno de alguna recompensa?

—Mereceria todo lo que yo pudiera hacer, esclamó el emperador. Pero, ¿quién será bastante atrevido para pensar en mí de buena y espontánea voluntad? ¿Quién será bastante poderoso para hacer la guerra por mí al poder del rey Cárlos?

—Lo seré yo, respondió Juan de Prócida.

Y el emperador le miró con asombro y le preguntó:

—¿Cómo hareis para llevar á efecto vos, simple señor, lo que ni aun se atreven á emprender los mas poderosos reyes de la tierra?

—Eso me corresponde, respondió Juan; sabed únicamente que tengo el éxito por cierto y seguro.

—Decidme, pues, entonces, ¿cómo contais conseguirlo? pregunto el emperador.

—Salvo vuestro respeto, respondió Juan, no os lo diré mientras no me hayais prometido cien mil ducados

—¿Y con los cien mil. ducados, qué hareis?

—¿Qué haré? dijo Prócida: haré que alguno ocupe la tierra de Sicilia al rey Cárlos, y que le dará tanto que hacer que necesitará todo el resto de sus dias para emplearlo en desembarazarse de él.

—Si estás en disposicion de cumplir lo que me prometes no te daré cien mil ducados, sino que puedes disponer de todos mis tesoros.

Y Juan de Prócida dijo entonces:

—Señor emperador, dadme pues una carta por la que me acreditareis cerca del soberano que me convenga y en la cual os comprometereis á pagarme cien mil ducados en tres plazos: el primero para comenzar la empresa, el segundo cuando esté á la mitad, y el tercero cuando haya tenido un éxito favorable.

—Bajémonos á mi cámara, respondió el emperador, y en el mismo instante haré escribir y sellar la carta.

—Con vuestro permiso, muy noble emperador, replicó Juan, mas vale que vos mismo me escribais esa carta y la selleis con vuestro puño, porque ademas de que siendo de vuestra letra tendrá un crédito muchísimo mayor, nadie mas que los dos sabrá lo que entre nosotros ha pasado.

—Teneis razon, dijo el emperador, y veo que no es usurpada la reputacion que os habeis creado de hombre sábio y valiente.

Bajaron los dos entonces á la cámara reservada del emperador, el cual escribió la carta de su mano, la selló y la entregó á Maese Juan de Prócida.

—Y ahora, para mayor seguridad todavía, respondió Maese Juan, es preciso que me hagais espulsar de vuestros estados como si hubiese cometido alguna accion punible, porque de este modo nadie sospechará, ni aun los mismos que tienen vuestra intimidad, que hay alianza entre vos y yo.

El emperador aprobó aquel proyecto, y al dia siguiente Maese Juan de Prócida, fué detenido públicamente y conducido hasta las fronteras del imperio.

Luego, cuando se preguntó lo que habia hecho aquel monge desconocido, respondieron que habia ido de parte del rey Cárlos para envenenar al emperador de Constantinopla.

El navío que llevaba á Juan de Prócida, le dejó en Malta, donde tomó un barco y ganó la Sicilia.

Apenas hubo puesto el pie en ella, cuando evitando las costas que estaban guardadas por los angevinos, penetró en lo interior de las tierras y fué á encontrar, vestido siempre de franciscano, á Maese Palmieri, abate, y otros muchos barones de Sicilia tan poderosos y tan patriotas como él.

Habiéndose reunido á ellos, les dijo:

—Sois unos miserables, vendidos como perros y como perros tratados. ¿No dejareis, pues, jamas, de ser esclavos y de vivir como animales, cuando podeis ser señores y vivir como grandes? Andad, no sois dignos de que Dios os mire con piedad, puesto que no teneis piedad de vosotros mismos.

—¡Ay, Maese Juan de Prócida! ¿Cómo hemos de hacer otra cosa que la que hacemos, estando sometidos á señores tan poderosos, como jamás hubo en el mundo? Antes al contrario, nos parece que cualquier esfuerzo que hiciésemos seria en vano, jamás saldremos de la esclavitud.

—Y bien, dijo Prócida, puesto que no teneis valor para libraros á vosotros mismos, os libraré yo, yo, siempre que querais hacer lo que os diga.

Y cayeron todos de rodillas delante de Juan de Prócida, llamándole su salvador y su segundo Cristo, y preguntándole qué tenian que hacer para secundarle.

—Es preciso, dijo Juan de Prócida, volver á vuestras tierras, armar vuestros vasallos y decirles que estén dispuestos á la primera señal. Cuando llegue el tiempo os daré esa señal y vosotros la trasmitireis á vuestros vasallos.

—Pero, dijeron los señores, ¿cómo podremos emprender nosotros semejante cosa sin dinero y sin apoyo?

—En cuanto al dinero, ya le tengo, y por lo que hace al apoyo, muy pronto le tendré si quereis escribir la carta que voy á dictaros.

Respondieron todos que estaban dispuestos, y Juan de Prócida dictó la carta siguiente:

«Al magnífico, ilustre y poderoso señor rey de Aragon y conde de Barcelona.

«Nos recomendamos todos á vuestra gracia, y en primer lugar messire Alaimo, conde de Lentini, y despues messire Palmieri, abate, y messire Gualteri de Galata-Girone, y todos los demas barones de la isla de Sicilia, os saludamos con toda reverencia, suplicándoos tengais piedad de nuestras personas, vendidas y esclavizadas al igual de las bestias.

«Nos recomendamos á vuestra señoría y á la señora vuestra esposa, que es nuestra señora, y á la que debemos rendir homenage.

«Os enviamos la súplica de que os digneis librarnos, separarnos y arrancarnos de las manos de nuestros enemigos, que son tambien los vuestros, del mismo modo que Moisés libró al pueblo de las manos de Faraon.

«Creed, pues, magnífico, ilustre y poderoso señor rey en nuestra adhesion y reconocimiento y para todo aquello que no va en esta carta referios á lo que os diga Maese Juan de Prócida.»

Luego firmaron esta carta y habiéndola sellado con sus sellos, la entregaron á Maese Juan de Prócida, quien la unió á la que habia recibido de Miguel Paleólogo, y poniéndose en camino, marchó al punto á Roma.

Nicolás III, de la casa de los Ursinos, reinaba entonces: era un hombre de una voluntad fuerte y perseverante, que queria fijar claramente el poder temporal de la tiara, y que en consecuencia, despues de haber hecho príncipes á todos sus parientes, habia buscado para ellos alianzas en las casas mas poderosas de Europa; habia pedido, pues, á Cárlos de Anjou la mano de su hija para uno de sus sobrinos; pero Cárlos de Anjou habia rehusado con menosprecio.

De aquí habia nacido en el corazon del santo padre un ódio secreto pero profundo, que le hacia olvidar lo que debia á sus predecesores Urbano IV y Clemente IV.

Juan de Prócida conocia este ódio, y contaba con él para atraer al papa al partido de la Sicilia.

Llegado á Roma, siempre bajo el hábito de franciscano, pidió al papa una audiencia; el papa, que le conocia por su fama, se la concedió al punto.

Apenas se vió Prócida en presencia del santo padre, cuando reconociendo en la manera bondadosa con que le recibia que sus intenciones eran buenas para su objeto, pidió hablarle en un lugar mas secreto que aquel en que se encontraban; el papa consintió en ello voluntariamente, y abriendo él mismo la puerta de una cámara retirada que le servia de oratorio, introdujo en ella á Juan de Prócida.

Despues entrando á su vez, cerró la puerta.

Entonces Juan de Prócida miró á su alrededor, y viendo que efectivamente ninguna mirada podia penetrar hasta donde estaba, cayó de rodillas ante el papa, que le quiso levantar; pero él, no permitiéndolo:

—¡Oh santo padre! le dijo: tú que conservas en tu diestra á todo el mundo en equilibrio: Tú que eres el delegado del Señor en la tierra: Tú que debes desear ante todas cosas la paz y la felicidad de los hombres, interésate por esos desgraciados habitantes de los reinos de Pulla y de Sicilia, porque son cristianos como el resto de los hombres, y sin embargo, tratados por su señor peor que los mas viles animales.

Mas el papa respondió:

—¿Qué significa semejante peticion? ¿cómo quieres que yo vaya contra el rey Cárlos, mi hijo, que mantiene la pompa y el honor de la Iglesia?

—¡Oh santísimo padre! esclamó Juan de Prócida; si, vos debeis hablar así porque todavía no sabeis de quien hablais; pero yo por el contrario, sé que el rey Cárlos no obedece ninguna de vuestras disposiciones.

Entonces el papa le dijo:

—¿Sabeis eso, hijo mio? ¿Y en qué caso no ha querido obedecernos?

—No citaré mas que uno, santísimo padre, respondió Juan; ¿no le habeis pedido una de sus hijas para uno de vuestros sobrinos y os la ha rehusado?

El papa palideció y dijo:

—Hijo mio, ¿cómo sabeis esto?

—Sé esto, santísimo padre, y no soy solo quien lo sabe, sino que otros muchos señores lo saben como yo, y era un rumor esparcido generalmente en toda la Sicilia cuando yo la abandoné, que no solo habia rehusado el honor de vuestra alianza, sino que aun delante de vuestro embajador habia desgarrado con desprecio las cartas de vuestra santidad.

—Verdad es, dijo el papa no tratando ya de disimular el ódio que abrigaba contra el rey Cárlos; y confieso que si tuviese ocasion de hacerle arrepentirse de ello, la aprovecharia de muy buena gana.

—¡Y bien! esa ocasion, santísimo padre, vengo á ofrecérosla yo; y mas pronto y de mas seguro éxito que jamás la hallareis.

—¿Cómo? preguntó el papa.

—Vengo á ofreceros hacerle perder la Sici-

lia lo primero, y despues de la Sicilia pudiera ser muy bien perdiese todo el resto de sus reinos.

—Hijo mio, dijo el santo padre, pensad en lo que decis; olvidais, á lo que me parece, que esos paises son de la Iglesia.

—¡Y bien! respondió Prócida, yo los haré entregar á un señor mas fiel que él á la Iglesia, que pagará mejor que él las rentas debidas á la Iglesia, y que se conformará en todas sus partes, como cristiano y como vasallo, con lo que le mande la Iglesia.

—¿Y quién es el señor que tendrá tanto atrevimiento para marchar contra el rey Cárlos? preguntó el papa.

—Prometedme, santísimo padre, cualquiera que sea el partido que tomeis, guardarme mi secreto y os lo diré.

—A fé mia te lo prometo, dijo el santo padre.

—Pues bien, será don Pedro de Aragon, replicó Juan de Procida, que llevará á cabo esta empresa con el dinero de Paleólogo y el apoyo de los barones de Sicilia, como estas cartas pueden dar fé de ello á vuestra santidad.

El papa leyó las cartas y cuando las hubo leido:

—¿Quién será el gefe de la revolucion? preguntó:

—Seré yo, respondió Juan de Prócida, á menos que vuestra santidad conozca alguno mas digno que yo.

—No hay nadie mas digno que vos, Maese, respondió el papa. Ejecutad, pues, vuestro proyecto, y Nos le secundaremos con nuestras oraciones.

—Mucho es eso, dijo Maese Juan, pero no es lo bastante: necesito una carta de vuestra santidad para unirla á la de Miguel Paleólogo y á la de los barones de Sicilia.

—Voy á dárosla dijo el papa, y tal como la deseeis.

Entonces se sentó á una mesa y escribió la carta siguiente:

«Al muy cristiano rey nuestro hijo Pedro, rey de Aragon, el papa Nicolás III.

«Nos te enviamos nuestra bendicion con la recomendacion santa, de que siendo tiranizados nuestros súbditos de Sicilia, y no bien gobernados por el rey Cárlos, Nos te pedimos y mandamos acudas á la isla de Sicilia, dándote todo el reino para adquirirlo y mantenerlo, como hijo conquistador de la Santa Madre Iglesia Romana.

«Dá crédito á Maese Juan de Prócida, nuestro confidente, á todo lo que te diga de palabra, oculta el asunto á fin de que jamás se sepa nada, y te suplico, si te place, comiences esta empresa y no temas nada de quien quisiere ofenderte.»

Maese Juan de Prócida reunió la carta del santo padre á las dos que ya tenia, y por no perder un tiempo precioso se embarcó al dia siguiente en el puerto de Ostia, á fin de tocar en Sicilia y de Sicilia pasar á Barcelona.

Maese Juan abordó á Céfalu, dió órden á su barco de esperarle en Guinguete.

Entonces atravesó toda la Sicilia para asegurarse de que los sentimientos de sus compatriotas eran siempre los mismos y para anunciar á los señores conjurados que no tenian mas que estar prontos, porque la señal no se haria aguardar. Luego, habiendo Maese Juan de Prócida, redoblado su valor, con la esperanza que les daba, se fué á Girgenti, se embarcó en un navío y tomó la ruta para Barcelona.

Pero Dios que le habia siempre animado y sostenido, pareció abandonarle de repente.

Es verdad que lo que Maese Juan de Prócida miró al principio como un revés de la fortuna no era otra cosa que un nuevo favor de la Providencia.

Una tempestad terrible se levantó, y arrojó el navío de Maese Juan de Prócida á las costas de Africa, donde fueron cogidos él y toda su tripulacion, conduciéndole ante el rey de Constantina, que le preguntó quién era y á donde iba.

Maese Juan, que iba como siempre, vestido de franciscano, se guardó muy bien de revelar su condicion, y se contentó con responder que era un pobre fraile encargado por Su Santidad de una mision secreta para el rey Pedro de Aragon.

Entonces el rey de Constantina reflexionó un instante, y habiendo hecho alejar á todo el mundo:

—¿Quieres, le preguntó, encargarte tambien de una mision mia para el rey don Pedro?

—Si, respondió Prócida, y con mucho gusto, si esta mision no encierra nada contrario á la religion católica y á los intereses de nuestro santo padre el papa.

—Muy al contrario, respondió el rey de Constantina, porque hé aqui lo que nos sucede.

Y refirió á Juan de Prócida que su sobrino el rey de Buga, habiéndose levantado contra él y queriendo destronarle, no veia otro medio de conservar su trono que ponerse bajo la proteccion del rey de Aragon; y para que esta proteccion fuese todavia mas eficaz, el rey de Constantina añadió, que estaba dispuesto á hacerse cristiano él y todo su reino, si el rey don Pedro queria recibirle por su ahijado y su vasallo.

Juan de Prócida prometió desempeñar la comision que se le confiaba, y en lugar de retenerle preso, el rey de Constantina con gran admiracion de sus ministros y de su pueblo, le volvió su libertad, asi como á toda su tripulacion.

Despues, habiéndole entregado su navío, con todo lo que contenia, y siempre por órden del rey, se embarcó al punto, y despues de una travesía feliz desembarcó en Barcelona

Como se comprenderá, despues de lo que habia pasado en el primer viage de Maese Juan de Prócida, su vuelta era un gran suceso para el rey don Pedro; asi le condujo como la vez primera á la habitacion mas secreta de su palacio, y alli le preguntó apresuradamente qué era lo que habia hecho desde su partida.

—Muy noble señor rey, respondió Prócida, me habeis dicho que para llevar á cabo la gran empresa que os habia propuesto eran necesarias tres cosas: un apoyo, dinero y el secreto.

—Es verdad, respondió el rey don Pedro.

El secreto ha sido bien guardado, respondió Maese Juan de Prócida, puesto que vos mismo, monseñor, ignorais de donde vengo. En cuanto al dinero, he aqui la carta del emperador Paleólogo que se compromete á daros cien mil ducados. En fin, en cuanto al apoyo, he aqui la adhesion firmada por los principales señores de la Sicilia, que se levantarán á la primera señal que les dé, y he aqui el breve de su santidad que os autoriza á aprovecharos de este levantamiento.

El rey don Pedro tomó las cartas una despues de otra y las leyó con atencion; luego, volviéndose hácia Maese Juan de Prócida:

—Todo está bien, dijo: y sin duda mejor que lo que yo esperaba; queda un obstáculo que no te he dicho: he hecho alianza de amistad con el rey de Francia, y he prometido no levantar tropas ni contra él, ni contra sus parientes, ni contra sus amigos. Ahora bien, voy á tener necesidad de levantar tropas, y en grande escala, y si el rey de Francia me preguntase contra quién me preparo, me será preciso, pues, ó mentir ó esponerme á un rompimiento con él. Búscame á lo menos tú que has encontrado ya tantas cosas, un pretesto que poder dar para este armamento.

—Está encontrado, señor, le respondió Juan de Prócida. El rey de Constantina, á quien el rey de Buga, su sobrino, amenaza destronar, os envia á decir por mí, que está pronto á hacerse cristiano, si quereis servirle de padrino y de defensor. Por tanto, si se os preguntase con qué objeto y contra quién os poneis en armas, respondereis que es para sostener al rey de Constantina contra su sobrino el rey de Buga; y, como indudablemente se hará cristiano, recaerá un grande honor sobre vuestro reinado. Armaos, pues, tranquilamente, monseñor, y haceos á la vela para Africa; yo me encargo de lo demás.

—Puesto que es asi, dijo el rey don Pedro, bien veo que Dios quiere que esto se verifique. Ve, pues, querido amigo, haz que tu empresa llegue á feliz término, y te comprometo mi palabra de que, llegando la ocasion, no faltaré ni á tí ni á los barones sicilianos, ni á nuestro santo padre el papa.

Con esta promesa, Juan de Prócida abandonó al rey don Pedro y volvió primero á ver el emperador Paleólogo, que le entregó con gran de alegría los treinta y tres mil ducados de oro que le habia prometido, y que Prócida envió al punto al rey don Pedro; luego, desde Constantinopla, volvió á Roma, pero al llegar á Ostia, supo que el papa Nicolás III habia muerto, y que el papa Martin IV, que era hechura del duque de Anjou, acababa de ser elegido.

Entonces juzgó inútil ir mas lejos, y dándose otra vez al punto á la vela, se dirigió hácia la Sicilia, donde encontró á todos sobrecogidos del temor y con el dolor que les causaba aquella eleccion.

Pero tranquilizó á los conjurados, diciendo que á falta del papa, quedaban á los sicilianos tres príncipes de los mas poderosos de la tierra, que eran el emperador Federico, el emperador Miguel Paleólogo y el rey don Pedro de Aragon.

Al punto los barones, recobrado su valor, preguntaron á Juan de Prócida qué deberian hacer, y Juan de Prócida respondió, que cada uno de ellos debia volverse á sus dominios, y tener á sus vasallos dispuestos para el momento convenido, y que en aquel momento, á una señal dada, pasarian á cuchillo á todos los franceses que se hallasen en la isla. Y todos los barones tenian tal confianza en Maese Juan de Prócida, que se volvieron á sus casas, y estuvieron dispuestos á obrar dejándole el cuidado de fijar el momento de la ejecucion.

Como lo habia previsto don Pedro de Aragon, el rey de Francia y el nuevo papa estaban recelosos por sus armamentos, y le habian preguntado contra quién los dirigia. El rey habia respondido entonces que era contra los sarracenos de Africa, como muy pronto podrian verlo.

En efecto, terminados sus armamentos, lo que hizo con presteza, gracias al oro de Miguel Paleólogo, don Pedro se embarcó en su flota con mil caballeros, ocho mil arcabuceros y veinte mil almogavares, y despues de hacer escala en Mahon, se encaminó hácia el puerto de Alcoyll, á donde abordó despues de tres dias de travesía.

Pero alli supo nuevas muy tristes: el proyecto del rey de Constantina se habia sabido, y cuando aquella noticia llegó á los caballeros sarracenos, como estaban sumamente apegados á la religion de Mahoma, se habian sublevado; luego, dirigiéndose al palacio con gran alboroto, habian cogido al rey y le habian cortado la cabeza, como á otros doce de sus favoritos que le habian dado palabra de hacerse cristianos con él. En seguida, se fueron á ver al rey de Buga, y le habian ofrecido el reino de su tio, del que éste se apoderó al punto.

Estas nuevas no desanimaron á don Pedro; y como su empresa tenia otro fin que el que aparentaba, resolvió desembarcar y esperar, combatiendo á los sarracenos, nuevas de Sicilia.

Hizo desembarcar á todo el ejército.

Luego, encontrándose el ejército en un pais descubierto, y no teniendo resguardo contra el ataque de los sarracenos, hizo trabajar á todos los albañiles que habia llevado consigo, y construir un muro que rodeaba toda la ciudad.

Entretanto, la conjuracion progresaba en Sicilia.

El momento no podia estar mejor elegido: los franceses se adormecian en una confiada seguridad; el rey Cárlos estaba en la córte del papa, su hijo estaba en Provenza, y Juan de Prócida habia fijado para la libertad de la Sicilia, el dia 1.º de abril de 1282.

En consecuencia, todos los señores habian recibido aviso del dia prefijado, y estaban prontos á obrar, ya en Palermo, ya en lo interior de la Sicilia.

Se habia llegado al 30 de marzo, era el lunes de Pascua, y segun costumbre, toda la ciudad de Palermo estaba en las vísperas.

Como el tiempo estaba magnífico, multitud de señoras y de jóvenes señores sicilianos habian escogido, mas con el objeto de la distraccion que con un fin religioso, la iglesia del Espíritu Santo, que está situada, como hemos dicho, á un cuarto de legua de Palermo, para asistir á los oficios.

Casi todas las damas y señores, como era costumbre, iban vestidos con largos trages de peregrinos y llevaban en la mano un báculo.

Los soldados angevinos habian salido como los demás, y se los encontraba en grupos armados todo lo largo del camino, mirando insolentemente á las mugeres, de vez en cuando haciéndolas ruborizar con alguna palabra cínica ó algun gesto grosero; pero como los jóvenes que las acompañaban estaban desarmados, prohibiéndose á los sicilianos por un decreto de Cárlos de Anjou llevar espada ni puñal, se veian obligados á sufrir aquello.

Sin embargo, un grupo de palermitanos avanzaba, compuesto de una jóven, de su novio y dos hermanos; seguíanlos desde las puertas de Palermo un sargento llamado Drouet y cuatro soldados, armados de sus espadas y puñales, y ademas de estas armas, llevaban, á guisa de bastones, vergajos de toro en la mano. Acababa el grupo de pasar el puente del Almirante, é iba á entrar en la iglesia, cuando Drouet, avanzando y colocándose delante de la puerta de la iglesia, acusó á los jóvenes de llevar armas bajo los trages de peregrinos. Estos, que querian evitar pendencia, descubrieron sus hábitos é hicieron ver que, á escepcion del báculo que llevaban en la mano, estaban completamente desarmados.

—Entonces, dijo Drouet, es que ocultais vuestras armas bajo el manto de esta jóven.

Y diciendo estas palabras, alargó la mano hácia ella y la tocó de un modo tan imprudente, que arrojó un grito y se desmayó en los brazos de uno de sus hermanos.

Entonces su novio, no pudiendo contener mas tiempo su cólera, rechazó violentamente á Drouet, quien levantando el vergajo que tenia en la mano, le dió un latigazo en el rostro. Al mismo tiempo uno de los sus hermanos, arrebatando la espada de Drouet, le dió tan violenta estocada, que le atravesó el cuerpo de parte á parte, y Drouet cayó muerto. En aquel momento tocaron á vísperas.

Al punto el jóven, viendo que habia avanzado demasiado para retroceder, levantó su espada toda ensangrentada, esclamando:

—¡A mí, Palermo, á mí! ¡mueran los franceses, mueran!

Y cayó sobre el primer soldado, estupefacto con lo que acababa de pasar, y le derribó cerca de su sargento.

El novio se apoderó al punto de la espada de este soldado, y fué en ayuda de su amigo contra los dos que quedaban.

En un instante el grito de: ¡muerte, muerte á los franceses! corrió en alas de la ardiente venganza hasta Palermo.

Maese Alaimo de Lentini estaba en la ciudad con doscientos conjurados.

Viendo lo que pasaba, comprendió que era preciso adelantar la señal convenida: dióse la señal, y la matanza comenzada á la puerta de la pequeña iglesia del Espíritu Santo en la persona del sargento Drouet, llegó á Palermo, luego á Montreal y á Cefalu: bandadas de conjurados se lanzaron á lo interior de la Sicilia gritando: ¡venganza y libertad!

Cada castillo se convirtió en una tumba para los franceses que albergaba, todas las ciudades respondieron al grito lanzado por Palermo, cada iglesia tocó á sus vísperas, y en menos de ocho dias, todos los franceses que se hallaban en Sicilia fueron degollados, á escepcion de dos, que contra la regla general adoptada por sus compatriotas, se habian mostrado suaves y clementes.

Estos dos hombres eran el señor de Porcelet, gobernador de Calatafini, y el señor Felipe de Scalembre, gobernador del valle di Noto.

Cárlos de Anjou supo en Roma la noticia de las Vísperas sicilianas por el conducto del arzobispo de Montreal, que le envió un correo para anunciarle lo que acababa de suceder. Pero Cárlos de Anjou recibió al mensagero como un gran corazon recibe la noticia de un gran infortunio, y se contentó con responder:

—Está bien, vamos á marchar, y lo veremos por nosotros mismos.

Despues, luego que el mensagero desapareció de su presencia, levantó sus manos al cielo y esclamó:

—Señor Dios, puesto que despues de haberme colmado de tus dones, te place hoy enviarme la adversidad, haz que no descienda del trono sino paso á paso, y juro que dejaré mil de mis enemigos tendidos sobre cada una de sus gradas.

PEDRO DE ARAGON.

El primer cuidado de los señores sicilianos fué enviar dos embajadas, una á Messina y otra á Alcoyll: la primera dirigida á sus compatriotas, y la segunda á Pedro de Aragon.

He aquí la carta de los palermitanos, que todavía se conserva hoy en los archivos de Messina (1):

«De parte de todos los habitantes de Palermo, y de todos sus fieles compañeros de armas para la libertad de la Sicilia, á todos los nobles, barones y habitantes de la ciudad de Messina, salud y amistad eterna.

«Os hacemos saber que por la gracia de Dios, hemos arrojado de nuestra tierra y de nuestras comarcas las serpientes qué nos devoraban á nosotros y á nuestros hijos, y chupaban hasta la leche del pecho de nuestras mugeres. Ahora bien, os rogamos y suplicamos, á vosotros á quienes tenemos por nuestros hermanos y nuestros amigos, que hagais lo que hemos hecho, y que os subleveis contra el gran dragon, nuestro comun enemigo, porque ha llegado el tiempo en que debemos librarnos de nuestra servidumbre y salir del yugo pesado de Faraon, porque ha llegado el tiempo en que Moisés debe sacar los hijos de Israel de su cautividad; porque ha llegado el tiempo, en fin, en que los males que hemos sufrido nos han lavado de los pecados que habíamos cometido. Que Dios Padre, que el Todopoderoso, que tuvo piedad de nosotros, os mire á vuestra vez, y que á su mirada desperteis y os levanteis por la libertad.

«Dado en Palermo, el 14 de mayo de 1282.»

Entretanto el rey Pedro de Aragon luchaba con Mira-Bosecri, rey de Buga, y todos los sarracenos de Africa, porque apenas vieron desembarcar el ejército aragonés en Alcoyll y fortificarse, enviaron caballeros por todo el pais para proclamar la guerra; de modo que Pedro de Aragon, apoyado en la mar, y teniendo detrás de sí su flota, mandada por Roger de Lauria, tenia delante de sí, cercando la muralla que acababa de hacer, mas de sesenta mil hombres, tanto moros y árabes como sarracenos.

(1) Inútil es decir que nada inventamos, y que las cartas están copiadas de los originales ó traducidas con la mas escrupulosa exactitud.

Un dia se le dijo que un sarraceno queria hablarle, rehusando manifestar á nadie mas la importante nueva que pretendia darle. El rey mandó se le introdujese al punto á su presencia, delante de los señores que le rodeaban; pero el sarraceno, viendo aquel gran número de caballeros, rehusó hablar en su presencia, y declaró que no diria nada sino al rey y á su capellan. El rey, que era muy valiente, y que por otra parte, jamás abandonaba sus armas ofensivas y defensivas, con las que no temia ni á árabes, ni á moros, ni á sarracenos, ni á nadie en este mundo, mandó al instante se retirasen todos, y quedó solo con el arzobispo de Barcelona y el estrangero.

Entonces el sarraceno se arrojó á las plantas del rey y le dijo:

—Mi noble rey y señor, yo era del número de los que debian abrazar la religion cristiana con el rey de Constantina, á quien el Señor tenga en paz; pero como felizmente nadie sabia la determinacion que yo habia tomado, escapé á la matanza, y para que nadie sospechase, me reuní á tus enemigos. Ahora hé aquí que tengo un gran secreto que decirte, pero si no me hago cristiano antes, haré traicion, manifestándole, á los sarracenos, porque teniendo todavía el mismo Dios que ellos, deberé tener los mismos intereses; mientras que por el contrario, una vez bautizado, los cristianos serán mis hermanos, y á estos seria á quienes hiciese traicion no diciéndote lo que te diré. Así, pues, si quieres saber la nueva que traigo, y que es, lo repito, de la mas grande importancia para tí y los tuyos, consiente en ser mi padrino, y hazme bautizar por el santo arzobispo que está cerca de tí.

—¿Qué pensais de esto, padre mio?

—Que es preciso no separar á nadie del camino del Señor, respondió el arzobispo, y que es preciso acoger como que viene de Dios al que quiere ir hácia Dios.

Entonces el rey se volvió hácia el sarraceno y le preguntó:

—¿De dónde eres, y cómo te llamas?

—Soy de la ciudad de Alfandech, y me llamo Yacoub Ben-Assam.

—¿Estás decidido á renunciar á tu ciudad y á tu creencia y á cambiar tu nombre de Yacoub Ben-Assam por el de Pedro?

—Eso es lo que deseo sinceramente, respondió el sarraceno.

—Desempeñad vuestro cometido, dijo el rey al arzobispo.

Y el arzobispo, habiendo tomado un aguamanil de plata, bendijo el agua que contenia, y derramando algunas gotas sobre la cabeza del sarraceno, le bautizó en el nombre de las tres personas de la Santísima Trinidad; despues, cuando hubo concluido:

—Ahora, Pedro, levantaos, sois ya español y cristiano. Decid, pues, á vuestro rey y á vuestro padrino lo que teneis que decirle,

—Monseñor, dijo el neófito, sabed que el